

igualdad los que venimos discutiendo. A este respecto tiene la palabra el porvenir. Lo que nos impulsa a una ardiente, casi a una airada protesta, tras larga e ignominiosa pasividad, es el perenne y deliberado error de los hombres que nos siguen atribuyendo hoy como ayer, una inferioridad mezquina, hija de vicios pequeños, de «defectillos» sin importancia, de pueriles iniquidades.

Existen vicios que, aunque anejos con más frecuencia al temperamento de los hombres, son considerados como propios y exclusivos de la mujer, inevitables en ella casi por ley biológica.

De esa manera todas deben ser forzosamente parlanchinas, curiosas, embusteras, avaras, falsas, imprudentes, indiscretas, peligrosas y, por último, enemigas declaradas de toda paz y concierto.

En este sentido, es la imaginación popular quien ha realizado la mayor propaganda. Son infinitos los refranes, cuentos y proverbios que, unidos a las afirmaciones de los hombres de ciencia, han sido acogidos después por generaciones sucesivas, cultas e incultas, para lanzarlos al rostro de la mujer cada vez que se ofrece, en son de broma cariñosa o de afirmación rotunda.

La frivolidad es, de los pequeños vicios, el más atribuido a las mujeres. Schopenhauer, especialmente, nos tuvo por excesivamente frívolas y por demasiado necias cuando así juzgó de nuestras preferencias de las que nunca supo nada.

«Las mujeres no se cuidan poco ni mucho de la hermosura del rostro. En general es la fuerza y el valor lo que las seduce. Las cualidades intelectuales no ejercen sobre ellas ninguna influencia directa e instintiva; la tontería no es despreciable para las mujeres, más aún, respecto de ellas es peligroso poseer una inteligencia superior y sobre todo «genio». Es innegable que el valor y la fuerza ejercen en las mujeres un arrebató momentáneo y un vivo entusiasmo».

Lo ejercen en todo el mundo, y con más frecuencia y pasión en los hombres que en las mujeres. Para referirnos sólo a la época contemporánea, ¿quiénes son los que convierten en verdaderos dioses al boxeador y al torero? La mujer asiste por excepción a los campeonatos de box, y en las plazas de toro se limita a aplaudir con discreto entusiasmo la gallardía y la prestancia del torero, que ante la arremetida ciega aparece tan frágil, tan heroico, tan digno, que recuerda la leyenda de David y Goliat. Pero mientras la mujer aplaude ¿qué hacen los hombres? Fuera de sí, delirantes, ¿no arrojan a la arena los sombreros, los zapatos y hasta las corbatas que llevan

puestas? A permitírsele el decoro, no dejarían prenda sobre sí que no arrojaran a sus favoritos en señal de aplauso o descontento. No negamos que los toreros y los boxeadores reciban, como ellos mismos alardean ante quienes los interrogan para los periódicos, «esqueletas perfumadas por centenares». Pero seguramente no son tantas, y perfumadas con Agua de Florida, no provienen de condesas, duquesas o damas de estimación, sino de modestas mujeres que entre los hombres que las rodean, no han visto por dentro ni por fuera nada mejor que el traje de luces. Por el contrario, no resulta arduo probar cuán afectas son las mujeres a prodigar su admiración al genio y aún al talento, por feas que sean las cabezas donde se albergan.

Los poetas tienen admiradoras numerosas, que si no siempre saben aquilatarles, por lo menos los comprenden con la amorosa sensibilidad que distingue a nuestro sexo.

Y así, los pintores y los escultores, los psicólogos y los filósofos, los hombres de ciencia y los grandes políticos, han contado siempre con admiradoras fervorosas. Conocido es el caso de Léonie León, la interesante mujer que amó a Gambetta con una de las

devociones más raras que registra la historia, manteniéndose siempre en abnegado retraimiento, impulsando su labor desde la sombra, trabajando por él, cuidando de su reputación y de su gloria con una celosa inquietud de madre-amante. Para citar un hecho reciente, valga el de Einstein que, en París, se vió acosado de mujeres. ¿Ridículo?... No, de ningún modo. Ciertamente que acaso en su totalidad no alcanzaron siquiera a vislumbrar su genio, pero le veneraron porque lo sintieron grande.

Y ejemplos parecidos se repiten a diario, no con genios, claro está, ya que el genio es flor rarísima que no se cultiva en todos los climas, pero sí con hombres de talento a quienes siempre ama alguna mujer silenciosamente, con el espíritu de rodillas, con la más horda y devota pasión.

La mujer, por lo menos la mujer con alguna cultura, sólo ama verdaderamente cuando admira, y es más grande el amor cuánto la admiración sea más fervorosa.

MARÍA MONVEL.

Santiago de Chile, 1923.

(Renovación, Buenos Aires).

En la Cámara de París León Daudet

PERSONAS autorizadas me informan que ciertos pasajes de una de mis novelas pueden estimarse susceptibles de escandalizar las almas inocentes. En consecuencia, he tomado la resolución, que hago pública, de suprimir de mi obra la novela aludida, y suplico a mis editores que a partir de este momento la excluyan definitivamente de los catálogos. Dígnese Vuestra Excelencia aceptar la seguridad de mi sumisión filial y de mi profundo respeto».

Bajo esas líneas, publicadas en los diarios de París hace unas semanas, aparecía el nombre de León Daudet. Era una carta dirigida al arzobispo, cardenal Dubois. Los admiradores de Daudet, al leerla, se preguntaron un momento si el infatigable libelista estaba a punto de perder su antigua acometividad. ¿Se habría apagado, en el cincuentón de hoy, aquel ardor de impaciencia y de insulto que fué su característica más saliente? La duda duró sólo el espacio de veinticuatro horas. Al otro día *L'Action française*, el periódico que él dirige con Carlos Maurras, el eminente sociólogo, insertaba un editorial de Daudet que, aun

sin la firma, todos habrían reconocido como suyo: el mismo lenguaje vigoroso, chispeante, igual forma incisiva y acre, idéntico fuego de adjetivos contra Téry, contra los ex-Ministros Malvy, Caillaux. Y una quincena más tarde, al comenzar el período legislativo, los habituales del palacio Borbón saludaban a su hombre: en pie bajo un ciclón de anatemas, gesticulaba impetuoso como en sus mejores tiempos.

Pese a ese voto de humildad condensado en la misiva al arzobispo parisiense, el hijo de Alfonso Daudet continúa siendo el fogoso luchador atrevido y sin miedo de hace veinte años.

* *

No sería justo quizás afirmar que la personalidad de León Daudet sea la de más relieve de cuantas se destacan en la Cámara de Diputados francesa. Allí tiene un asiento el egotista Mauricio Barrés y otros literatos de primera fila. Se ven además las siluetas de Raimundo Poincaré, con su nariz abollada y su pasito lento de gran trabajo sedentario lleno de fatiga; del académico Luis Barthou, con su aire